

Por Martín Romero E.

“Think tanks en Chile (2011-2022), o la cristalización de una infraestructura intelectual”, es la investigación posdoctoral que lleva adelante el académico de la Universidad Diego Portales/ COES, Marcos González, que tiene por objetivo establecer una radiografía de los centros de estudios nacionales en los últimos años, marcados por el movimiento estudiantil, la crisis del sistema político, el estallido y la pandemia.

El trabajo —presentado en un seminario del COES a fines de mayo— se enfocó en nueve think tanks a partir de 66 entrevistas a investigadores, encargados y financistas de los centros de estudio, pero también a editores de medios de comunicación, políticos y académicos. También hizo un análisis de cerca de 19 mil intervenciones públicas.

Licenciado en Antropología Social (U. de Chile) y doctor en Sociología (U. de Cambridge), González se interesa en la evolución intelectual e institucional de los centros de estudios en momentos de crisis. Aquí utiliza el concepto de “ciclos de vida” para referirse a la supervivencia de los think tanks en el largo plazo, a partir del inicio de nuevas etapas políticas, el funcionamiento de los medios de comunicación y las fuentes de financiamiento (en un país con una débil cultura filantrópica).

“El financiamiento disponible en Chile, salvo honrosas excepciones, favorece el corto plazo más que la investigación. Para entender esto sólo hay que preguntarse cuánta gente en Chile puede permitirse ser mecenas de personas para que solamente ‘piensen’ y ‘opinen’, y esté interesada en que lo hagan en el largo plazo”, explica.

“A los think tanks les va mejor cuando están en la oposición”

—¿Cuál es el estado de los centros de estudio en Chile? Está la percepción de que la mayoría se involucra demasiado en el trabajo legislativo o en el comentario de la contingencia.

—Para entender a los centros de estudio hay que partir de la base de que no tienen un modelo de negocios único. Se usa ese nombre para describir organizaciones con funciones similares, como intervenir en el debate de políticas públicas, pero con formas y lógicas muy variadas. Fundación Sol, LyD, IdeaPaís y el Instituto Igualdad son muy distintos y a todos se les llama think tanks. Como dices, los más visibles tienen como giro el comentario de contingencia. Otros están abocados al trabajo legislativo y algunos en ambas cosas. En ese sentido me preguntaría qué régimen de financiamiento fomenta qué tipo de organizaciones y por lo tanto, sus productos. Aquellas que subsisten del parlamento van a tomar una cierta relación con los partidos y aquellas que producen informes financiados por el BID van a tener una cierta manera de escribir y organizarse.

—En los últimos años a la izquierda le ha costado construir centros de estudios influyentes. ¿A qué crees que se deba?



Marcos González, doctor en Sociología

“Tengo dudas sobre si los think tanks han contribuido a que las ideas dominen en el debate público”

El académico UDP-COES, que acaba de lanzar un trabajo sobre los centros de estudios en Chile, dice que estos deben someterse a la ley del lobby: “Cuando se opina de políticas públicas, las ideas y los intereses de los mundos que las promocionan nunca son fáciles de separar”.

—Hay tres razones. La más importante es el financiamiento. Históricamente, Chile es un caso especial porque los centros de estudio de izquierda fueron importantísimos durante la dictadura. En un contexto en el que los partidos estaban proscritos y las universidades intervenidas, fueron fundamentales para organizar y dotar de cuadros a la futura Concertación. Una mayoría de ellos se financiaba por cooperación internacional, cuyos objetivos son el desarrollo y la democratización. Una vez que Chile vuelve a la democracia, y más aún cuando entra a la OCDE, deja de ser atractivo para ese tipo de financiamiento. Muchos think tanks o mueren o se vuelven consultoras. Chile se transformó en un país de ingreso medio-alto sin desarrollar un ecosistema de financiamiento filantrópico que reemplace ese capital internacional. Una excepción son las fundaciones políticas alemanas, pero ellas colaboran en proyectos acotados, lo que imposibilita que una organización pueda proyectarse sólo con ese apoyo. La segunda razón es

que a los think tanks les suele ir mejor cuando están en la oposición; corren el riesgo de vaciarse hacia el Estado y es mucho más atractivo criticar que defender. El ejemplo de Expansiva es bien ilustrativo, mientras 20 años en la oposición le dio la oportunidad a LyD de cimentarse. La tercera razón es que, desde el 2011, ha habido un quiebre generacional y un vaciamiento de instituciones más antiguas en la izquierda sin un paralelo de la misma intensidad en la derecha.

—¿Es transparente el financiamiento de los centros de estudios en Chile?

—Como regla general claramente no, aunque existen excepciones por iniciativa propia. A veces se emiten declaraciones de auditores sin números o se señalan los ingresos totales o dónde se gastan; pero rara vez la fuente, especialmente si es financiamiento basal y no por proyectos.

—El historiador Maximiliano Jara, en su libro sobre el CEP, se pregunta si las ideas dependen del dinero. En el último tiempo, gente como Hugo Herrera, ha in-

sistido mucho en transparentar el financiamiento de los centros de estudios de la derecha como LyD. Para ti, ¿cuál es la relación de los think tanks con los intereses de sus financistas?

—Tienen razón, con la salvedad que la relación no es siempre mecánica. Por ejemplo, algunos investigadores me han dicho que no saben ni quieren saber quién los financia. Señalan que es para proteger su independencia por algo así como el "velo de la ignorancia". Si uno les cree, la pregunta siguiente es por qué se financian cierto tipo de organizaciones y no otras. A quién no le gustaría que le paguen simplemente para "pensar" y "opinar", pero ese es un privilegio de pocos. Lo otro son presiones que pueden ser sutiles o no: qué temas no se tocan o qué áreas se priorizan a nivel directivo. Una defensa común de los think tanks con financiamiento opaco es que sus propuestas deberían juzgarse simplemente por su rigurosidad. Pero el problema es que la arena pública nunca es pareja, especialmente en un país con una élite pequeña y bien cohesionada. Ideas con más recursos detrás, en términos de personas, difusión y dinero, corren con mucha ventaja.

—¿Los centros de estudios deberían someterse a la ley del lobby tal y como recomienda la OCDE para mejorar dicha legislación en Chile?

—La OCDE sugiere que se reemplacen las categorías "lobistas profesionales" y "gestores de intereses particulares" de la legislación actual por la de "representantes de intereses", que incluiría individuos y organizaciones independientemente de su estatus o de si son remunerados. Me parece una sugerencia razonable y un emparejamiento de la cancha, pensando que, cuando se opina de políticas públicas, las ideas y los intereses de los mundos que las promocionan nunca son fáciles de separar.

"Los think tanks llenan los vacíos que otros dejan"

—Una de las cosas interesantes de tu trabajo es la conclusión de que la "creación de marca" es muy importante para los centros de estudio. Porque hay una cosa rara: se interviene en su nombre, hablar a nombre de un think tank es una especie de sello de validez. El IES ha sido muy exitoso en aquello ¿Cómo lo ves tú?

—Lo plantearía así: el debate público se compone de "intervenciones", actos de habla que paulatinamente posicionan a quienes los emiten. Es cosa de abrir cualquier diario: la mayoría de las columnas y "cuñas" son de actores que no son primeros interviniendo. Para que te abran la puerta, ayuda bastante ocupar un cargo o tener patrocinio institucional. Esa es una de las primeras funciones de un think tank. El IES ha sido exitoso porque logró apalancar la reputación de sus primeros columnistas como la contraparte intelectual del movimiento estudiantil, para luego abrirle espacio a nuevos.

—¿Cuál crees que es el formato más importante de influencia para los centros de estudio hoy? En tu investigación está

dato que, desde 2014, LyD se volcó a las columnas de opinión; casi la mitad de sus intervenciones en la discusión pública son por esa vía.

—La literatura habla de dos modos: orientado hacia la "coordinación" de actores para dar forma a las políticas públicas o hacia la "comunicación", intentando influenciar el debate público para definir qué problemas son más apremiantes y cómo leerlos. En general mientras más lejos estés del poder político más vas a enfocarte en lo segundo. No es casual que LyD, que producía muy pocas columnas antes del 2014, se volcase a ellas después de décadas de fortalecer la parte coordinativa y saliendo de un Gobierno accidentado comunicacionalmente como el de Piñera.

—En ese contexto: hay una relación que es incuestionable de los centros de estudio con los medios. En tu trabajo, por ejemplo, se ve como el IES tiene harta presencia en «El Mercurio» y «La Tercera»; el CEP tiene menos presencia y la Fundación para el Progreso (FPP) tiene altibajos. ¿Cómo caracterizarías la relación de los think tanks y la prensa?

—Pienso que la función principal de los think tanks es llenar los vacíos que otros campos dejan, como la academia, los medios, la política. Por ejemplo, los think tanks de izquierda florecieron durante la dictadura porque llenaron los vacíos dejados por partidos y universidades. Sucede algo parecido con los medios hoy. Años atrás, muchos medios tenían sus propias unidades de investigación y producían contenido y análisis propio. Hoy casi ninguno puede permitirse eso, por lo que tercerizan esa producción. Esos "vacíos" que los medios van dejando no son infinitos y generalmente se llenan por gente e instituciones con equipos de prensa, contactos y el ruedo y tiempo suficientes para producir contenido en el lenguaje correcto y a la velocidad requerida. Todo eso es caro de sostener en el tiempo.

—¿Cómo analizas lo que has denominado el "ciclo de vida" de los think tanks? ¿El espacio cultural chileno ofrece garantías para la construcción a largo plazo de centros de estudio? Vemos que algunos centros históricos como Cieplan han entrado en declive. Quizás sólo el CEP sobrevive de la vieja guardia.

—Algo interesante de los think tanks es que son muy sensibles a su entorno político: en ellos las ideas y las situaciones institucionales son imposibles de separar. Por eso lo pondría en términos de "olas". Hubo una importante de izquierda durante la dictadura que, salvo excepciones, mengua después de 1990, mientras que buena parte de las instituciones tradicionales de la derecha aparece justo en ese momento. Luego aparece una ola importante en torno al 2011, porque se requerían nuevos cuadros y diagnósticos en la izquierda y la derecha. Pienso que en retrospectiva, Cieplan empezó a decaer ahí; nunca se renovó ni se volvió atractivo para nuevas generaciones y hoy sobrevive más que nada como la "marca" de sus miembros. Luego del 2013 no surgen muchos

think tanks sostenibles en el tiempo, con la excepción de los ligados a partidos como Rumbo Colectivo o Ideas Republicanas. Otros tantos mueren o hibernan cuando su sector entra al Gobierno, como Avanza Chile en la derecha y Fundación Dialoga o Saberes Colectivos en la izquierda. Agregaría que, a pesar de la importancia del 2019, muy pocos think tanks surgieron desde allí; el ecosistema ya estaba cristalizado y los espacios ocupados. Las únicas excepciones están o muy ligadas a los medios y con financiamiento basal de un financista, como Pivotes, o dependen de universidades como Faro UDD.

—La respuesta es compleja, pero ¿qué es lo que hace influyente a un think tank en un espacio intelectualmente reducido como el chileno? ¿El número de columnas o libros que escriben sus investigadores?, ¿las conexiones con el poder político y/o económico?, ¿la repercusión en la academia?

—Es una controversia de nunca acabar. Diría que depende de su giro. FPP por ejemplo encuentra muchas barreras para insertarse en el mainstream de la academia, pero tiene mucha fuerza en redes sociales. El problema de tratar de definir la "influencia" de los think tanks es que al mismo tiempo, necesariamente, estamos definiendo qué espacios consideramos cruciales para ese objeto nebuloso que es la "discusión pública". Además, ellos mismos participan en esa pugna.

—¿Cómo crees que lo han hecho los centros de estudios en estos últimos años de crisis? ¿Han sido un aporte o se han sumergido en el ruido ambiente de la clase política?

—Han tenido éxito en varias cosas. Acaparan espacios en prensa, dejando menos banda ancha para nuevas voces, y forman cuadros con habilidades técnicas, políticas y mediáticas que han llegado a instancias como ministerios o la Comisión Experta del segundo proceso constitucional. También funcionan como curadores e importadores de ideas, definiendo a qué ideas se les debe prestar atención, incluso si son marginales en el ámbito académico. El debate Ortúzar-Joignant en torno a Lucy Oporto es un buen ejemplo de "curatoria". Un caso de importación es la idea de "la gran sociedad" que el IES trajo en 2011. Viene de Policy Exchange, el think tank favorito de David Cameron que buscaba desligar a los conservadores del Thatcherismo duro.

—Pero tengo mis dudas de si han contribuido a que "las ideas" dominen en el debate público o si simplemente sirven como legitimadores de posiciones previas. Siguiendo con el mismo ejemplo, me acuerdo de la promesa de algunos think tanks el 2011 de renovar el pensamiento de la derecha, pero 13 años después de eso queda poco, especialmente luego del 2019 y viendo como reaccionaron en las crisis que siguieron. Hoy día Policy Exchange está enfrascado en una guerra cultural, se cuadraron en cada giro hacia la derecha dura de los tories. El panorama en Chile no es muy distinto".



Luego del 2013 no surgen muchos think tanks sostenibles en el tiempo, con la excepción de los ligados a partidos como Rumbo Colectivo o Ideas Republicanas".



Fundación para el Progreso encuentra muchas barreras para insertarse en el mainstream de la academia, pero tiene mucha fuerza en redes sociales".